

Gustau Nerín, *Guinea Ecuatorial, historia en blanco y negro*. Barcelona, Península, 1998, 254 pp.

El trabajo de Gustau Nerín viene a llenar un vacío importante en el estudio de la historia reciente de la Guinea Ecuatorial, constituyendo una excelente introducción al conocimiento de una parte del legado hispánico muy poco conocida. Se presenta aquí con dolorosa claridad la magnitud del fracaso colonial español en Africa. Si toda aventura colonial está condenada, de una forma u otra, al fracaso, la de España en el Golfo de Guinea generó fracasos a muchos niveles: al cultural, al económico, al religioso y al político.

El autor presenta en cuatro capítulos y un epílogo los distintos aspectos de este fracaso histórico, comenzando por la crítica ideológica de los intentos legitimadores del nacional-catolicismo. En el primer capítulo, «España: ¿Un colonialismo light?», Nerín explica cómo lo que él llama *Hispanotropicalismo* no vino a ser sino la versión española del «lusotropicalismo» portugués. Siguiendo los postulados tradicionales de los imperialismos español y portugués «la teoría hispano-tropicalista definía cinco características que supuestamente diferenciarían al colonialismo español, la tendencia misionera de la nación española, la ausencia total de actitudes racistas, y la difusión del mestizaje como consecuencia del antirracismo genuinamente hispano» (12). Aunque desde mediados del siglo XIX ya se constatan algunas tendencias africanistas entre un reducido número de intelectuales y políticos en Madrid (Joaquín Costa, Rafael de Labra), los argumentos a favor de la presencia española en Guinea proceden, en general, de un discurso paternalista. Se trata de proteger al negro de sí mismo, de garantizar su salvación eterna, de civilizarlo. Mientras que los beneficios económicos de la presencia española nunca quedaron claros para el español medio, se ponderaban en la metrópoli las virtudes de la labor civilizadora: «generosidad sin límites y cariño entrañable» (cita de Nerín de un político y educador del franquismo, Heriberto Álvarez) (22).

El capítulo segundo («Los estereotipos sexo-raciales») estudia la manera en que los españoles, ya sean periodistas, políticos, misioneros o simplemente turistas, han contribuido históricamente al conjunto de tópicos que el occidental ha aplicado al negro: potencia sexual, anarquía, pereza, musicalidad, amor a la naturaleza, inteligencia menos desarrollada etc. Los ejemplos y anécdotas aquí ofrecidas son abundantes. Nerín desvela, con rigurosos argumentos de antropólogo, la ignorancia y el racismo contenidos en tales tópicos. Uno de estos ejemplos es la refutación al comentario de un conocido periodista actual... «Manuel Leguineche, para demostrar que el pueblo Fang era brutal y salvaje, le atribuía la aberración sexual más escandalosa: el incesto. La documentación también le fallaba al periodista: tanto entre los Fang como entre sus vecinos Ndowe, el incesto estaba rigurosamente penado, y las prohibi-

ciones matrimoniales no sólo afectaban a parientes cercanos sino que abarcaba a un gran número de individuos... » (69).

Para el autor, fue precisamente el sistema colonial (como repite en el capítulo final) lo que trastornó la ética sexual indígena contribuyendo al aumento de las enfermedades venéreas y a abusos sexuales, y generando, asimismo, formas de prostitución encubierta. Estas ideas se elaboran también en el capítulo siguiente («La poligamia blanca»), en el que se explican las consecuencias de la ausencia de mujeres blancas en Guinea. La doble moral machista generaba —como ya ocurrió en América— que «el deseo blanco de mujer blanca» quedara insatisfecho. La mujer blanca era para el matrimonio, la negra para el alivio sexual. Los mestizos nacidos de estos concubinatos venían a ser, en palabras del autor, «transparentes», es decir, eran asimilados exclusivamente por la población negra como negros hijos del pecado. Se reproducía con ello el peor de los racismos de corte anglosajón que tanto denostaban los teóricos del *hispanotropicalismo*. En algunos sentidos, este era un racismo aún peor que el del Africa anglosajona... » Mientras otras potencias coloniales defensoras de la exclusividad racial permitían el desplazamiento de prostitutas blancas a las colonias (en Zimbawe se enviaban meretrices inglesas para los mineros europeos), en los territorios del Golfo de Guinea se supervisaba escrupulosamente el comportamiento de las residentes occidentales» (115).

La existencia de una población masculina blanca en transitoriedad y la escasez de mujeres blancas, unido al monopolio educativo de la Iglesia católica, fueron la perfecta receta para el fracaso religioso. En el capítulo cuarto («La ofensiva moral cristiana») se muestra como los padres claretianos trabajaron sin descanso para dismantelar las creencias autóctonas, obsesionados en su lucha contra lo que consideraban el mal supremo: la poligamia. En realidad, lo que los esforzados curas no sabían, o no querían admitir, es que la presencia de los españoles fomentó extraordinariamente esta institución. La monetarización de la economía y el agrupamiento de varones en las plantaciones hizo subir el precio de la dote, con lo que muchos negros pobres quedaron condenados a la soltería, mientras los más «ricos» podían permitirse varias esposas. Otra obsesión de los misioneros era la de proteger al «sexo débil» de los supuestos abusos sexuales de sus hombres, pero «es muy difícil para los misioneros presentarse como apóstoles de la emancipación femenina cuando la religión que propagaban mantenía a la mujer en una posición de clara subordinación. En general, en las religiones africanas, la mujer ocupa un puesto mucho más relevante que en la doctrina católica» (173). Además de ello, el nivel de preparación académico ofrecido a la chicas negras era muy inferior al ya deficiente ofrecido a los niños negros.

El epílogo («Viejas historias en un país joven») presenta unas conclusiones deprimentes del legado colonial español... pobreza, prostitución, corrupción generalizada. La imagen del país que muestra Gustau Nerín,

coincide con la de otro libro sobre Guinea Ecuatorial —el más conocido en los ámbitos académicos internacionales—, *Tropical Gangsters*, de Robert Klitgaard. Aunque el antropólogo español no cita el libro de Klitgaard (excepto en la bibliografía final), el panorama presentado por ambos autores viene a ser el mismo, si bien con énfasis diferente. El libro aquí reseñado se centra más en el fracaso cultural del colonialismo español y en la destrucción de la familia tradicional guineana. *Tropical Gangsters*, por su parte, pone el énfasis en la corrupción generalizada y sus consecuencias para el sub-desarrollo económico de la ex-colonia. Dos caras de una misma moneda.

En el debe de *Guinea Ecuatorial: Historia en blanco y negro* debemos apuntar un par de cosas mejorables. Una, un cierto desorden cronológico en las citas. Para mantener la unidad temática Nerín sacrifica a menudo el orden temporal, saltándose décadas en sus referencias, con lo cual no queda muy claro si ha habido evolución o cambios históricos en lo que se refiere a las cuestiones tratadas; la otra, que no esclarece si la colonia era, a comienzos del siglo XX, rica o pobre; por una parte, «las compañías extranjeras eran aún las principales beneficiarias de las exportaciones, pues los plantadores españoles no podían competir...» (24), pero, por otra, «el expolio del Rif tuvo un papel clave en la reactivación económica de Euskadi, Cataluña y Madrid» (24). Otras referencias, casi simultáneas, a la riqueza y a la pobreza del país no contribuyen a aclarar las cosas.

A pesar de estas objeciones, y como señalábamos al principio, El libro de Gustau Nerín constituye un documento muy esclarecedor, con una buena bibliografía, de una región del mundo sobre la que los españoles siguen manteniendo hoy una escandalosa ignorancia.

Winthrop University

PEDRO M. MUÑOZ

Carlos Rojas. *La vida y la época de Carlos IV*. Barcelona, Planeta, 1997, 255 pp.

*La vida y la época de Carlos IV* forma parte de la serie *Los Reyes de España*, de Editorial Planeta, una colección realizada por escritores e historiadores de prestigio, cuyo objetivo es recrear la vida y la época de los diferentes monarcas españoles desde los Reyes Católicos hasta Alfonso XIII.

Es autor de este número de la colección Carlos Rojas, autor también de varias novelas, ensayos de historia, literatura y arte, y de biografías noveladas, que cuenta en su haber con importantes premios literarios, entre ellos el Nacional de Literatura (1968) con *Auto de Fe*; el Planeta (1973) con *Azaña*; el Nadal (1979) con *El ingenioso hidalgo y poeta Federico García Lorca*; y el Espejo de España (1984) con el mundo mágico y mágico de Picasso.